

PSICOANÁLISIS, ESPIRITUALIDAD Y SABIDURÍA

“La calidad de la palabra se decide según de qué silencio se parta al hablar”.

SHIZUTERU UEDA

Hace algún tiempo comentábamos con Miguel Borge que el objetivo de la cura psicoanalítica: de transformar la angustia o sufrimiento neurótico en infelicidad cotidiana parecía una meta que excluía la posibilidad de felicidad.

Y que si ligábamos este concepto al de sabiduría, tal vez sería posible pensarlo psicoanalíticamente más allá de las neurosis, más allá del sistema narcisista deseante, más allá de la sexualidad, más allá de la pulsión de muerte , más allá de la palabra.

Como psicoanalistas, al igual que los físicos cuánticos, debíamos atravesar todos nuestros paradigmas científicos y llegar a encontrarnos con el misterio, y topando con el tener que dar un salto cualitativo, ya que nos adentraríamos en los límites del pensar en los confines de la razón.

Nos preguntábamos si nuestra disciplina podría explorar y dar tónica a esas zonas del psiquismo que transitan los místicos, los creadores, los visionarios.

Zonas del inconsciente freudiano que no estén determinadas por el pasado, por las pulsiones sexuales, sino que representen potenciales de salud, de creación, de sabiduría; zonas que hagan referencia a los poderes de la conciencia, del pensamiento en el logro de transformaciones de la subjetividad, zonas que estén relacionadas con lo espiritual, con el saber más que con la verdad.

Zonas como las que explora la psicoanalista Alcira Mariam Alizade en su libro “Clínica con la muerte” (Ammortu Editores): “El narcisismo terciario implica un salto cualitativo y un movimiento de trascendencia. Expresa un retorno a la inmensidad del narcisismo primario con su mágica ilusión de comunión con el todo antes del corte unificador de un yo (Andreas-Salomé, 1921), el retorno al narcisismo ilimitado (Freud, 1930, Pág. 7) y, al mismo tiempo, mediado por la organización psíquica adquirida (“madurez”, diría F. Dolto), denota un alto nivel de discriminación en sus manifestaciones de interés por el Otro, por el mundo. Se observa fácilmente en muchas personas en la vida cotidiana y en la praxis analítica se evidencian las consecuencias de su funcionamiento.

Entonces esta psicoanalista está indagando, con su concepto de narcisismo terciario, nada menos que la sabiduría, nada menos que los procesos implicados en la sabiduría; nos habla de un retorno a la inmensidad del narcisismo primario. Es curioso –dice esta autora- lo escribía Freud en 1914: “La evolución del yo consiste en un alejamiento del narcisismo primario y crea una tendencia a conquistarlo de nuevo”.

Pensaba que desde el punto de vista estructural, y a título de broma al estilo de Caloi, Clemente -su personaje nacido de una aceituna- podría afirmar que el psiquismo estaría constituido por: el ello, el yo, el superyo y el a-yo, o ese estado a-yoico del que hablan los budistas.

Pensaba también en Saramago cuando hablaba de la sabiduría de su “analfabeto” abuelo que tanto le enseñó y que, al saber que iba a morir, se despedía de los árboles de su finca, uno por uno, dándoles un abrazo. Dice en otro momento del mismo libro Alcira M. Alizade: “Como telón de fondo emerge tíbiamente el territorio excelso de la sabiduría. Sabiduría profana, la mayoría de las veces, nacida de la experiencia cotidiana, (el subrayado es mío), de constatar una y otra vez lo finito de la vida, la inmensidad de la muerte, y la participación activa o pasiva que cada sujeto tiene en los movimientos de vida o muerte, de civilización o barbarie cotidianas”.

Héctor Fiorini, en su artículo “Qué hace una buena psicoterapia psicoanalítica”, enumerando varios asuntos que los psicoanalistas no sabemos, habla también de esta cuestión. Dice este autor: “Hasta ahora mencioné saber y no saber, y entre saber y no saber un tercer término que es la verdad, la verdad entre el saber y el no saber, hasta ahora hay un triángulo, pero ahora vale la pena levantar otro ángulo y colocar en un rombo: saber, no saber, verdad y un cuarto término; la sabiduría.

La sabiduría no es solamente el saber que se piensa conscientemente, es otro modo de saber, otros modos que no están en los libros, por ejemplo el del abuelo de Saramago, que las captaciones intuitivas o registros inconscientes profundos de la existencia que no todos entran en el campo del saber, pero actúan como sabiduría. Bueno, en dirección a la sabiduría, finalmente, otro término del cual nosotros en psicología y psicoanálisis creo que no sabemos, es qué quiere decir espíritu, porque hasta ahora, nosotros nos manejamos con una psicología de tres términos, por ejemplo: cuerpo, mente, emoción, o cuerpo, mente, mundo exterior. Pero no sabemos si lo espiritual constituye una región que abarca más de lo que abarcamos diciendo emoción, mente y cuerpo. Puede ser por ejemplo la región de la sabiduría.

Creo que esta dimensión de espiritualidad, de trascendencia, se va abriendo, en la medida en que la vida va revelando capas más profundas de la existencia o del ser. Se ha llamado a esa sabiduría el conocimiento silencioso.”

Pensábamos con Miguel que el psicoanálisis nos ha ayudado a ser menos infelices neuróticos, pero que podríamos ser un poco más ambiciosos e intentar ver cómo podríamos ser y ayudar a nuestros pacientes a ser un poco más sabios y a desarrollar una metapsicología que se ocupe de explorar, conceptualizar estas zonas terciarias del psiquismo.

Es muy significativo para mí, en este sentido, toda la línea de pensamiento que Sandor Ferenczi esboza en sus anotaciones de los años treinta y que tan lúcidamente nos sistematiza en su último libro “La isla de los sueños de Sandor Ferenczi”, José Jiménez Avello; cuando habla Ferenczi, citado en dicho libro, del niño clarividente: “Los niños –dice Ferenczi en esa nota- nacerían provistos de unos instintos vitales organizadores, cargados de un saber filogenético incólume aún: El contacto de la personalidad infantil con el universo, así como su sensibilidad, es mucho mayor que la de los adultos, cuando la cristalización ha rigidificado; en el proceso de formación del sujeto –continúa Ferenczi- no sólo hay una renuncia a la omnipotencia, sino además, pérdida inevitable de capacidades y cualidades naturales, innatas”.

“En los casos más favorables –sigue diciendo- persiste en el individuo, como resto y efecto de la felicidad de la que disfrutó, una parte de optimismo y un contento sin malicia en cuanto al progreso y a la prosperidad de todo alrededor.”

“los adultos son relativamente idiotas, los niños son omniscientes”. Por último en otra anotación agrega: “el hecho de sentirse uno mismo postula la existencia de un no yo, el yo es una abstracción. Antes de esta abstracción debemos haber sentido el todo (universo)”. No hay más que ver a esos bebés-budas unos instantes en sus cochecitos, creo que era Picasso o Miró que decían que estuvieron toda la vida pintando para lograr pintar como un niño.

Como dice el Salmo 131,2: “Sin duda es sosegado y acallado mi alma; como un niño que abandona el pecho en el regazo de su madre, mi alma está conmigo como un niño amamantado”.

Vemos así como una evolución hacia delante-atrás en la construcción-desconstrucción de la subjetividad, del narcisismo primario al secundario y al terciario, que sería otra forma de regreso al primario, esa pulsión de retorno de la que hablaba Ferenczi que puede tener dos caminos de llegada pero que siempre se busca, uno por el lado de la patología por la pulsión de muerte con todas sus variantes, y otras por la vía del arte, de la meditación, de la activación necesaria en todo ser humano de lo espiritual.

Alguna vez leí que el ser humano es un animal quarens, esto es, un animal que pregunta, que busca, la búsqueda es la expresión de los impulsos básicos humanos y revela asimismo la humana tendencia hacia verdades visionarias.

Le preguntaban al Dr. Fiorini en una revista de terapia gestal: “qué diferencia la relación terapéutica de la relación educativa; responde: que la educación terapéutica educa sobre un modo de búsqueda, no sobre los resultados que debe ocasionar la búsqueda. Se educa acerca de que hay un potencial a desarrollar y que es posible ir en esa dirección”.

Como vemos, hablando de los objetivos de la cura en psicoterapias psicoanalíticas, aquí se va un poco más allá de hacer consciente lo inconsciente o de trabajar en la línea del síntoma o del phatos, sino en la línea de un potencial a desarrollar, lo que está implicando, desde ya, otras zonas del inconsciente comprometidas, otros mecanismos en juego e incluso más allá de la sublimación. Le preguntan también en esa entrevista al Dr. Fiorini si la psicoterapia tiene también un sentido trascendental/espiritual dentro de la relación terapéutica, o no. Fiorini responde: “Yo diría que sí, porque la profundización sobre la propia vida desemboca en un mundo de valores y en la conciencia de que en un mundo sin valores la vida no es humana y, en este sentido, la terapia también conduce en una dirección de espiritualidad que tomará la forma que tome para cada uno, pero que siempre remite a un mundo de valores, de trascendencia, de libertad y de solidaridad, que son potenciales humanos sin los cuales la vida se experimenta como sin sentido o con un sentido demasiado chato y demasiado limitado. Ahora, eso no es algo que me parezca que el terapeuta se lo proponga a priori, sino que es algo que surge en la misma lucha que el paciente tiene entre tomar o no tomar el nivel de la espiritualidad como inherente a su propia vida”.

Este autor nos habla entonces de una ampliación de los objetivos de la cura en psicoterapias. El psicoanálisis se ha adentrado siempre en un medio que tiene mucho que ver con el logro de estos objetivos, “el silencio”, vía por la que los místicos, poetas y creadores entran en la zona de lo espiritual. Como en la música, el silencio es una herramienta psicoanalítica y el timing en su uso marca muchas veces el arte y virtuosidad del terapeuta.

S. Nacht nos dice en su libro “La presencia del analista”: que él cree que el indicador que señala la posible entrada en un fin de análisis es que terapeuta y paciente están en muchas sesiones en un placentero silencio compartido. Nada se dice y todo está dicho, coincidiendo silencio y palabra como expansiones de una misma vibración.

Dice el maestro indio Sri Ramana Maharshi: “Para aquéllos que viven el Atman como belleza desprovista de pensamientos, no hay nada sobre lo que se tenga que pensar. Lo único que uno tiene que observar es la experiencia del silencio, porque, en ese estado, aparte de uno mismo no hay nada más que alcanzar. El mouna (silencio) es el estado que está más allá del habla y del pensar”.

Me resuena mucho con la idea que James Hillman expresa sobre su concepción de la psicología profunda en su libro “El pensamiento del corazón”: “Ilegamos a

la conclusión de que una psicología profunda que exprese plenamente la naturaleza del psique ha de ser también una estética profunda. Además si queremos recuperar el alma perdida , que es al fin y al cabo el principal objetivo de toda psicología profunda, debemos recuperar antes nuestras reacciones estéticas pérdidas, nuestro sentido de la belleza”

Tal vez un análisis bien logrado, no está consumado, sino que más allá de las palabras que significaron la sexualidad, el narcisismo, el pathos, el silencio, el cuerpo, del que el psicoanálisis tantas veces se ha olvidado, marcan el nuevo proyecto- camino que el sujeto tiene que abordar, eso a lo que aludíamos con Miguel al principio sobre los objetivos de la cura.

Tal vez sea a través del silencio, del cuerpo como experiencia, de la respiración que podamos adentrarnos en el contacto con esa zona psíquica de lo espiritual, de desnarcisización, de terciarización .

Constitución de una subjetividad funcionando de manera terciaria, objetivo que persiguen muchos sujetos que entran en el campo de la búsqueda espiritual a través de distintas técnicas de meditación, por cierto, no casualmente cada vez más comunes y buscadas en nuestra sociedad occidental desde los años 50.

Zonas psíquicas que la autora antes mencionada Alcira M. Alizade en su libro define de la siguiente manera: “ Diferente operaciones psíquicas dan cuenta del proceso transformador narcisista terciario: desnarcisización del yo, excentramiento del yo, organización de nuevas gestalts del yo, acceso a la relación de objeto con lo que denominaré “objeto lejano”, trabajo de duelo y resignificación, principio de relatividad, reordenamiento del sistema narcisista (delegación narcisista), familiarización con la castración, domesticación de las pulsiones, nueva representación de la idea de poder, acceso a la sabiduría, sentido del humor”.

Para Ferenczi equivaldría al predominio de lo que él denomina en su sistema pulsiones de conciliación.

Agrega la autora, por último, algunos observables clínicos de ese proceso como: “sentimiento de solidaridad y responsabilidad, libertad interior y creatividad, mayor aceptación de la transitoriedad de la vida y de sus no siempre agradables peripecias y control de la destructividad. Como telón de fondo, emerge tíbiamente el territorio excelso de la sabiduría”.

Tal vez un sujeto así inscrito llegue a una concepción de la realidad parecido al que sugiere la cábala, que dice que todo pecado es una rebelión, desviación o defecto de la realidad. El mal no es algo existente en sí mismo, incluso en una concepción de lucha entre el bien y el mal. Es más bien la otra cara de la realidad, que es buena. Esta definición negativa no supone negar el mal. Lo

malo es visto como algo vacío, inútil, un ejercicio en el sinsentido, es caos y vanidad (citado por Julio Trebolle Barrera en su “Libro de los salmos” Ed. Trotta.)

Nos adentramos así en la metapsicología de una tópica psíquica que relaciona procesos psíquicos como la sabiduría, la creación, la poesía y que psicoanalíticamente no quedan agotados con el concepto de sublimación.

Dice Sandor Ferenczi en sus anotaciones de los años 30, citado en el libro de José Jiménez Avello: “Probablemente, dos procesos intervienen en la sublimación...1) efectivamente, en el sentido freudiano, un cambio de dirección de las mociones apasionadas, agresivo-egoístas, pero que son irrealizables; 2) se llega a suponer que existe aún una segunda fuente de benevolencia recíproca, más primaria, conforme a la naturaleza y no neurótica”. Remarco esta segunda fuente, más primaria y no neurótica.

Lo que comentábamos con Miguel Borge era que más allá de la palabra, más allá de la sexualidad, una vez “finalizado el análisis” de la neurosis, el camino a Ítaca no ha terminado, como tampoco termina la concepción de la subjetividad en los conceptos del narcisismo primario y secundario. Más allá de una regresión maligna, que destruya el psiquismo, con una patología de búsqueda, de retorno, estaría la tendencia de naturaleza pulsional, de regresión y búsqueda benigna de lo espiritual.

“Algunos autores –nos dice P.C. Horton, psicoanalista americano- piensan que existe una capacidad innata de regresar a un estado mental-fetal, de semi-disolución (diría Ferenczi).

Horton expresa en este sentido a propósito de la experiencia mística: “Nuestra comprensión del narcisismo primario, en sus formas de transformación, vuelve claro que la modalidad intrauterina de relación, caracterizada por al receptividad-pasividad, constituye una parte indeleble de la psique humana” (citado por Franco de Masi en su libro “El límite de la existencia” Ed. Lumen)”.

El autor considera la regresión al estado mental simil-fetal como un fenómeno transitorio reversible – no debiéndosele confundir con la psicosis – de retorno a una condición primitiva, y no al resultado de una destrucción, no obstante ser aparentemente silenciosa, de esto comentaba con Miguel, saben mucho aquéllos que practican meditación.

Si entonces la condición humana es la de un animal quarens, que pregunta, que busca, deberíamos considerar un nivel tal vez de orden pulsional, semejante a la pulsión de retorno de la que habla Ferenczi, que tiende a ir más allá de la palabra, más allá de la sexualidad, de la sublimación, que tiende a acercarse a los confines de la razón y a sospechar el misterio, que rompe universos cerrados, como si tuviéramos unos impulsos básicos hacia verdades visionarias,

hacia lo espiritual como dimensión en los confines de lo psíquico, pero en lo psíquico, otra zona, otra tópica.

Tal vez todo análisis bien logrado, queda consumado en la palabra y continúa en el silencio, prepara para el silencio y abre otras búsquedas necesarias para la salud, nivel de sabiduría del ser humano, de nuestros pacientes.

El objetivo de esta otra cura por la meditación, por el cuerpo, por la respiración, por la auto-indagación, sea el definitivo y real atravesamiento de la dura roca de la castración, implica un proceso de desconstrucción, que hemos llamado hasta aquí de narcisismo terciario, en donde el vértigo, la finitud, no sean sólo asumidos o tomados como problema, sino como el funambulista que en palabras de Roger Caillois: "Sólo logro su objetivo confiando en el vértigo y no intentando resistirse a él".

Tal vez el final de un análisis exitoso sea el comienzo de un trabajo de meditación, tal vez la utilización exitosa de la palabra finita, lleve a la experiencia de otro universo más abierto, infinito, el del silencio, el del misterio. Tal vez más allá de la vida, no nos espera la muerte sino -como decía Jorge Luís Borges- otra experiencia por vivir.

Despedida y cierre con un poema de Rainer María Rilke, que se lo dedico a Miguel Borge:

Tanto me atemoriza de los hombres la palabra.
Expresan tan claramente todo:
Esto se llama perro; aquello, casa, y aquí comienza y allí acaba.
Todo lo sabe, lo que fue y lo que será;
las montañas ya no admiran;
me gusta oír el canto de las cosas...

Madrid, 11 de junio de 2006

Roberto Longhi Tartaglia

BIBLIOGRAFÍA

Héctor Fiorini. El Psiquismo Creador. Paidós 1995.

Héctor Fiorini. Qué hace una buena psicoterapia Psicoanalítica. En: Psicoanálisis, focos y aperturas. Psicolibros. Librería Editorial

Héctor Fiorini. Entrevista en Revista de Terapia Gestalt nº 26/2006. Vitoria. (Asociación Española de Terapia Gestalt).

Franco de Masi. El límite de la existencia. Una contribución psicoanalítica al problema de la transitoriedad de la vida. Lumen. Argentina 2004.

Joan-Carles Mélich. Filosofía de la finitud. Herder. Barcelona 2002.

Alcira Mariam Alizade. Clínica con la muerte. Amorrortu editores. Argentina 1996.

Víctor E. Frankl. La presencia ignorada de Dios. Psicoterapia y religión. Herder. Barcelona 1994.

Ana-María Hirsuto. El nacimiento del Dios vivo. Un estudio psicoanalítico. Trotta. 2006.

Sri Ramana Maharshi. Sé lo que eres. Edición de David Godman. José J. de Olañeta, Editor e Índica Books. Palma de Mallorca 2005.

Rainer Funk. Erich Fromm. El amor a la vida. Paidós. Barcelona 1999.

Robert M. Torrance. La búsqueda espiritual. La trascendencia en el mito, la relación y la ciencia. Siruela. Madrid 2006.

Charles Juliet. Encuentros con Samuel Beckett. Biblioteca de ensayo Siruela. Madrid 2006.

Jame Hillman. El pensamiento del corazón. Biblioteca de ensayo Siruela. Madrid 1999.

S. Nacht. La presencia del analista.

José Jiménez Avello. La Isla de sueños de Sándor Ferenczi. Nada más que pulsión de vida. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid. 2006-

S. Freud. Introducción del narcisismo. Ed. Amorrortu. T. 14.